

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VI Jornadas de Jóvenes Investigadores
10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Nombre y Apellido: Gilda Ivana Gonza - Darío Lanzetta

Afiliación Institucional: Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Eje problemático propuesto: Eje 1: Identidades. Alteridades

Correo Electrónico: ivanagonza@gmail.com - dario_lanzetta@hotmail.com

Título de la Ponencia: "Sumisos, lentos y feos": representaciones sociales en torno a migrantes bolivianos en la institución educativa. El "crisol de razas" hecho trizas.

"Sumisos, lentos y feos": representaciones sociales en torno a migrantes bolivianos en la institución educativa. El "crisol de razas" hecho trizas.

Gilda Ivana Gonza - Darío Lanzetta

Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Introducción

La presente ponencia tiene como objetivo analizar las diversas imágenes, discursos y representaciones sociales que docentes y estudiantes nativos construyen sobre los migrantes bolivianos. Algunos de los interrogantes que guiarán el análisis serán: ¿cuáles son las diversas imágenes, discursos y representaciones sociales que los estudiantes y docentes nativos construyen sobre los migrantes bolivianos? ¿En qué medida dichas representaciones contribuyen a perpetuar la situación de desigualdad social de los migrantes bolivianos? ¿Qué tipos de vínculos e interacciones se establecen entre nativos y migrantes de origen boliviano en el ámbito del aula?

La hipótesis que se postula es que los actores nativos de la institución educativa construyen sobre los migrantes bolivianos ciertas representaciones sociales discriminatorias en términos de su pertenencia étnica, lo cual da cuenta del fracaso del mito del crisol de razas en el rechazo hacia lo indígena y lo mestizo. Asimismo, las representaciones sociales en torno a migrantes bolivianos tienden a naturalizar y reforzar su situación de desigualdad y exclusión social.

Se utilizará una metodología cualitativa centrada en el análisis del discurso. En este sentido, se analizarán entrevistas en profundidad realizadas a docentes y estudiantes nativos - de instituciones públicas y privadas- provenientes de Capital Federal y Gran Buenos Aires en el marco de los proyectos UBACYT: "*La discriminación hacia el extranjero como táctica de disciplinamiento social*" (2004-2007) y "*Exclusión, control social y diversidad en la relación entre el migrante externo y las instituciones educativa y judicial*" (2009-2010)¹.

Constitución de la identidad nacional. Huellas históricas de un discurso xenófobo

La Argentina ha cimentado su identidad nacional basada en una larga historia migracional. En este sentido, bien vale poner de manifiesto -aunque de un modo acotado-, la recepción por parte de la sociedad nativa de dos procesos migratorios contrapuestos. Por un lado, la inmigración europea que se dio desde mediados del siglo XIX ha sido visualizada por

¹ Cabe aclarar que en relación a las representaciones sociales de docentes nativos trabajaremos con grupos focales realizados en el marco del proyecto de investigación UBACyT (SO91). En cuanto a las representaciones de estudiantes nativos, analizaremos entrevistas individuales en profundidad realizados en el marco del proyecto UBACyT (S007). Ambos proyectos de investigación fueron dirigidos por el Mg Néstor Cohen.

la sociedad civil como elemento indispensable de “progreso” y “modernización”. Dicho proceso migratorio fue fomentado en el marco de un modelo de acumulación agroexportadora y de constitución del Estado-nación. En contraposición a aquella inmigración transatlántica o “tradicional”, la migración actual de países limítrofes no ha sido bien recepcionada desde los medios de comunicación y algunos líderes políticos². Ello es porque a partir de la década de los noventa ha ido resurgiendo un discurso neoliberal y xenófobo según el cual los migrantes externos, y particularmente los de países limítrofes, serían visualizados desde la perspectiva de la sociedad receptora como los causantes de la desocupación y “usurpadores” de los servicios públicos. Sumado a este hecho, se ha asociado la migración actual al aumento de la tensión e inseguridad urbana (Mármora, 2002; Grimson, 2006).

Ahora bien, hablamos justamente de resurgimiento de un discurso xenófobo porque no es un fenómeno reciente sino antiguo, que presentó diversas manifestaciones a lo largo de la historia. Se trata de un proceso que encuentra sus huellas históricas en la constitución del Estado moderno, hacia mediados del siglo XIX (Margulis, 1998; Solodkow, 2005; Cohen, 2009). La construcción del Estado-nación significó la aplicación del principio de “un estado, una nación”, es decir, la implementación de políticas que dieran paso a la homogeneización de la población y la negación de la diversificación étnica y de los pueblos aborígenes que poblaban el “desierto” argentino. En este sentido, el fenómeno se inscribe dentro del proyecto de construcción de naciones, que implicó, en palabras de Bauman (1998), una elección sombría para las “minorías” étnicas: asimilarse o perecer. En este sentido, fue decisiva la tarea de una “minoría ilustrada”, de intelectuales fuertemente imbuidos por el paradigma positivista y el darwinismo social de la época como Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Mitre. Cabe señalar las palabras de Cohen al respecto: “Aquella generación de políticos-intelectuales utilizó trazos muy definidos acerca de quienes integraban la comunidad de los ciudadanos, de los dignos, y quienes quedaban fuera” (Cohen, 2009: 16). Lo cierto es que en el proyecto de estos intelectuales, de ninguna manera se podía concebir que la construcción de la nación incluyera a esa amplia proporción de habitantes no blancos: indios, negros y mestizos. En el discurso racialista³ de la época los pueblos aborígenes eran considerados como razas inferiores, como la “barbarie” a civilizar. Ahora bien, creemos que en este punto es necesario

² Es necesario relativizar esta afirmación: si bien en el sentido común arraigó la idea de una “buena recepción” respecto de la migración tradicional, dicha idea soslaya ciertas políticas estatales tendientes al control migratorio estratégico dirigidas principalmente hacia socialistas y anarquistas, considerados población no deseable por su “peligrosidad” ideológica. Tal es así que estas políticas cristalizaron en ciertas leyes como la Ley Residencia (1902) y la Ley de Defensa Social (1910)

³ Tzvetan Todorov distingue entre racismo y racialismo, términos complementarios. *Racismo* se refiere a los comportamientos mientras que *racialismo* designa las doctrina” (Margulis, 1998, 18)

preguntarnos por el grado de continuidad de aquellas huellas. Y en este sentido Cohen señala: “Si bien el discurso actual evita el uso grotesco racial y brutalmente discriminador que se observa en estos testimonios, no deja de mostrar simetrías interesantes cuando alude a las migraciones sudamericanas” (Cohen, 2009: 18). Y en esta misma línea, Solodkow (2005) sostiene que ciertos intelectuales argentinos decimonónicos (como Sarmiento, José Ingenieros, Ramos Mejía, entre otros) sentaron las bases para la xenofobia argentina. Dicha “estructura xenofóbica” continúa operando toda vez que un inmigrante boliviano, peruano o brasilero llegan a la Argentina y son designados despectivamente como “bolitas”, “perucas” o “brasucas” (Solodkow, 2005).

Desde el discurso xenófobo y neoliberal de los años noventa, la masiva llegada de inmigrantes limítrofes sería la causante de la creciente desocupación en Argentina. Sin embargo, como señalan algunos autores (Margulis, 1998; Grimson, 2006), si bien hubo ciertos cambios sociodemográficos, no hubo un incremento significativo en la cantidad de inmigrantes, lo cual da cuenta de que la presión de los inmigrantes sobre el mercado laboral tiende a ser exagerada⁴. Ahora bien, Grimson (2006) sostiene que lo que sí se ha producido es un cambio en términos proporcionales: por un lado, aumentó la proporción de inmigrantes limítrofes sobre el total de extranjeros, mientras que descendió la proporción de migrantes europeos. Por otro lado, los migrantes (y en especial los de origen boliviano) que inicialmente se asentaban en zonas de frontera, han tendido a desplazarse hacia los centros urbanos más importantes, contribuyendo a dar una mayor “visibilidad étnica” de los inmigrantes limítrofes (Grimson, 2006).

En este trabajo pretendemos indagar sobre las representaciones que los actores nativos construyen en torno a migrantes bolivianos. Este grupo poblacional particularmente ha sido y es aún objeto de discriminación. Señala Grimson: “Los bolivianos son el grupo que ocupa el lugar más bajo en los imaginarios de jerarquías étnicas de la Argentina” (Grimson, 2006: 79). Ello se vincula al hecho de que este grupo migrante constituye mayoritariamente un sector de la población que porta las marcas de su origen indígena o mestizo y que ocupa un lugar de desventaja en la estructura social. Se trata de una discriminación étnica y social en donde la desigualdad y la diversidad se articulan históricamente de forma compleja (Cohen, 2009). En este sentido sostiene Margulis: “los fenómenos de discriminación, descalificación, estigma, que en nuestro país (y en América Latina) afectan a grandes sectores de su población -la más

⁴ Según el Censo Nacional de Población, el porcentaje de nacidos en países limítrofes se mantuvo entre un 2,4% y un 2,8%, entre los años 1869 y 2001 (Grimson, 2006). Asimismo, de acuerdo a un estudio del INDEC, el conjunto de trabajadores nacidos fuera del país interviene apenas en un 0,8% en la tasa de desocupación (Margulis, 1998)

pobre, la que tiene menos oportunidades, la más marginada: la población de origen mestizo (...): tiene su origen en el proceso histórico de constitución de las diferenciaciones sociales que se organiza, desde un inicio, sobre bases raciales” (Margulis, 1998: 38).

Partimos de la premisa de que los actores nativos de la institución educativa construyen en torno a los migrantes bolivianos representaciones discriminatorias en términos de su pertenencia étnica, lo que daría cuenta del fracaso de la idea del “crisol de razas” en el rechazo hacia lo indígena y lo mestizo. Por otro lado, dichas representaciones contribuyen a reforzar la situación de desventaja social en la que se encuentra este grupo poblacional. Teniendo en cuenta esta hipótesis, procederemos a dividir el análisis en torno a tres ejes de indagación. En primer lugar, indagaremos sobre aquellas representaciones que den cuenta (o no) de la discriminación étnica hacia migrantes bolivianos; en segundo lugar, analizaremos ciertos discursos e imágenes que tienden a reproducir un orden desigual y excluyente. Por último, analizaremos las representaciones sociales que responden a la especificidad del espacio escolar y que nos permitan dar cuenta del vínculo nativo-migrante que se construye en el ámbito del aula. Cabe aclarar que estos tres ejes de indagación responden sólo a una división analítica que nos permitan organizar nuestras reflexiones y que dichos ejes respondan a un proceso que los engloba: el de las relaciones interculturales como relaciones sociales de dominación.

Discriminación étnica. Un “crisol de razas” excluyente

Como señalan Balibar y Wallerstein, la escuela, junto a la familia desempeñan un papel central en la constitución del discurso de la raza. Ellas son fieles reproductoras de la mirada de la sociedad civil (Cohen, 2009). En este sentido, la institución escolar más que favorecer relaciones interculturales armónicas, contribuye a la reproducción de los procesos de discriminación y desigualdad. Es decir, partimos de concebir la escuela no como un espacio de encuentro armónico de la diversidad y de las diferentes culturas, sino como un ámbito de “relaciones sociales de dominación al interior de las cuales, la diversidad étnica se constituye como desigualdad” (Cohen, 2009: 22).

Teniendo en cuenta estas consideraciones sobre la institución escolar, procederemos a analizar las diversas representaciones sociales que los actores nativos construyen sobre los migrantes bolivianos. En este punto, bien vale detenernos un momento y aclarar lo que entendemos por este concepto. Siguiendo a Jodelet (1986), las representaciones sociales, en tanto que fenómenos, constituyen “Imágenes que condensan un conjunto de significados (...) categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con

quienes tenemos algo que ver; teorías que permiten establecer hechos sobre ellos” (Jodelet, 1986: 472). En este sentido las representaciones sociales implican “una manera de interpretar y de pensar nuestra realidad cotidiana, una *forma de conocimiento social*. Y correlativamente, la actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición en relación con situaciones, acontecimientos, objetos y comunicaciones que les conciernen” (Jodelet, 1986: 473).

En relación a las representaciones de migrantes bolivianos cabe aclarar que las diversas características atribuidas a los migrantes bolivianos son producto de las representaciones que la sociedad “receptora” tiene acerca de ellos, lo cual da cuenta de las formas de identificación del “otro” y de representación de la alteridad. Las representaciones sociales sobre los migrantes bolivianos, no implican un reconocimiento a la identidad de estos pueblos, ni a su cultura, ni a su historia (Cohen, 2009); es decir, no nos hablan de lo que los bolivianos *son*. Sin embargo, en tanto que representaciones o “conocimiento del sentido común”, nos dan ciertos indicios de los “modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social” (Jodelet, 1986: 473). Asimismo, ellos constituyen de alguna manera un “conocimiento práctico” que influye en el “actuar sobre y con otras personas, situarnos respecto a ellas, responder a las preguntas que nos plantea el mundo” (Jodelet, 1986: 473).

Así, cuando se les pregunta a docentes y estudiantes nativos qué es ser boliviano, éstos los identifican primeramente por sus rasgos fenotípicos (rasgos faciales, estatura, y básicamente por el color de piel más oscuro):

“-¿Cuáles creés vos que distingue que es un boliviano?

- Y, la piel oscurita, creo...

- Bueno, ¿Qué más? ¿Un rasgo físico?

- Y sí, un rasgo físico, sí. Piel oscura, pelo oscuro, también. No muy alto, creo; porque los bolivianos no son muy altos” (Clara, 12 años. GBA. Privada Laica).

“- (...) los paraguayos se remarcó que son más parecidos a nosotros físicamente, no sabemos hasta que habla si es argentino o paraguayo, en cambio cuando lo vemos oscurito de piel, o con la cabeza más redonda ya sabemos que es boliviano” (Docente de secundaria privada)

De este modo, el “otro” diferente aparece asociado a un color de piel y a las características corporales conexas. Los migrantes bolivianos, aparecen representados a partir de las marcas de su origen indígena: “Ellos siguen siendo marcadamente diferentes (“marcadamente” porque son definidos como *visiblemente* diferentes, *marcados* y *estigmatizados* en tanto que tales)”: (Caggiano, 2005: 192). Vemos entonces que la imagen de Bolivia y de los bolivianos se asocia rápidamente a la región del Altiplano. Ahora bien,

esta imagen de alguna manera linda con el estereotipo⁵. Sin embargo, tiene de hecho cierto fundamento en dos sentidos: por una parte el Altiplano es la principal región expulsora de migrantes; por otro lado, dicha región es una de las más importantes de Bolivia por su peso demográfico y por la influencia cultural que ejerce en el resto del país.

Si bien estas afirmaciones no dan cuenta de una manifestación abiertamente discriminatoria, puede verse que se construye en torno a los migrantes bolivianos una suerte de atributos prejuiciosos, un prejuicio *racial*, acerca de lo que “es ser boliviano”. Es necesario tener en cuenta que el racismo suele expresarse de manera más difusa y disimulada, ya que rara vez los grupos sociales se autodefinen como racistas. Ahora bien, a pesar de que la noción de “raza” ha sido prácticamente descartada como categoría científica, válida para la clasificación social, el racismo continúa aún hoy operando cotidianamente como “sistema de representaciones que se materializa en instituciones, en relaciones sociales y en una organización peculiar del mundo material y simbólico” (Paris Pombo, 2002: 293). Así, “mientras que la mayoría de las personas parecen rechazar la existencia de razas superiores o inferiores, las prácticas de discriminación y los prejuicios racistas son generalizados” (Paris Pombo, 2002: 293). Las prácticas racistas suelen expresarse de manera solapada en el nivel de los discursos, clasificando a las personas sobre la base de jerarquías y pertenencias ubicadas en los ejes: *superioridad/inferioridad*, *nosotros/los otros*. Ahora bien, esta manifestación de prácticas racistas a nivel discursivo puede llegar a trascenderlo cristalizándose en conductas de la vida cotidiana (Margulis, 1998).

Compartimos junto con Margulis (1998) la idea de que la Argentina se fue constituyendo a partir de lo que el autor llama un “doble discurso”: “Nuestro país ha sido acompañado en su constitución con discursos contradictorios (...) Por un lado, se afirmaba la necesidad de abandonar los vínculos con lo americano, lo mestizo o lo indígena o, incluso, con lo gringo de apariencia rústica, considerado cerril o de baja estofa, mientras simultáneamente se imaginaba la constitución de una patria grande, “crisol de razas”, en la cual pudieran convivir y multiplicarse todos los hombres de buena voluntad” (Margulis, 1998: 13). Como parte de este doble discurso, las formas de discriminación existentes no son siempre abiertas y explícitas, aunque los modos de encubrimiento y disimulo del racismo imperante suelen ser más corrientes. Argentina se percibe a sí misma, como “abierta”, “tolerante” y dispuesta a acoger a *todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo*

⁵ Como señalan algunos autores Bolivia es un país atravesado por múltiples realidades étnicas y regionales. Tal es así, que se observan grandes diferencias (geográficas y culturales) entre el llamado “Oriente” y “Occidente”. (Magliano, 2009) (Urresti, 1998).

argentino. Esta doctrina expresada en la Constitución, fue luego ampliamente difundida por la escuela, en su tarea homogeneizadora. Ahora bien, debemos aclarar que se trata de un discurso contradictorio y cambiante que apela a estereotipos y mitos en la conformación de la identidad nacional: “Se conforma una matriz discursiva compleja, por momentos abierta y propicia a la recepción de lo extranjero, orgullosa de lo americano, y, en otros, rígidamente xenófoba y excluyente, cuando no europeizante y culposa de lo geográficamente vecino” (Margulis, 1998: 13) :

La Argentina es un lugar fácil para venir, entendés. Los recibimos bien. No los discriminamos, no los echamos, los educamos...(Docente de escuela primaria pública).

La idea fuertemente extendida de que en nuestro país no se discrimina ni se desvaloriza al “otro” con fórmulas prejuiciosas se relaciona con la idea históricamente fundante de la identidad nacional: la de un “crisol de razas” o *melting pot*. Entendemos a esta noción como una idea imprecisa, una metáfora que, desde el sentido común, alude a una “refundición” o “mezcla” de las diferentes razas. Alude también, en tanto que analogía, a una cierta heterogeneidad étnica en la que los diferentes “componentes” del crisol se integrarían fundiéndose para constituir una sociedad homogénea: “En el “crisol”, las “razas” se fundirían en una sola, unificada y uniforme” (Caggiano, 2005: 191).

La metáfora del crisol de razas está asociada con otras dos ideas o mitos fuertemente estructurantes del sentido común: el mito aún persistente y vital de la “apertura” a los inmigrantes y el de la “integración” de los mismos en la sociedad receptora. El mito de la apertura o la idea de una Argentina “abierta” y “acogedora” -como se mencionó anteriormente- tiene una larga historia y un fuerte anclaje en el proceso de constitución del Estado-nación argentino en relación a las migraciones europeas de mediados del siglo XIX. Por otra parte, el mito o idea de “integración” referiría a una “refundición” de todas las “razas” que habitan el suelo argentino, es decir, a una constitución de una cultura única y homogénea. Asimismo, la idea de “integración” implicaría también un compromiso igualitarista en términos culturales y sociales (Caggiano, 2005).

Ahora bien, como se dijo anteriormente, esta idea de la Argentina “abierta” y “acogedora”, parece no cumplirse completamente en relación a la migración limítrofe actual y en particular a la migración boliviana. Sin embargo, como sostiene el mismo autor: “La pregunta no es hasta cuándo integró la Argentina sino a quiénes integró, y cuáles “razas” y cuáles no se fundieron en el crisol. Lo cierto, entonces, es que la metáfora del crisol tiene alguna validez sólo si aceptamos como premisa la de un tamiz que selecciona previamente

cuáles grupos pueden ser incluidos en él y cuáles no” (Caggiano, 2005: 193). Así, el rechazo de los bolivianos y “lo boliviano” como portadores de lo indígena y lo mestizo parecieran dar cuenta de la insostenibilidad del mito del “crisol de razas”. En este sentido, pueden encontrarse representaciones sociales discriminatorias hacia los migrantes bolivianos en función de su pertenencia étnica, esto es, descalificaciones que se les aplica a este grupo por ser “negros” o por portar un color de piel estigmatizado. Ello se puede advertir en los relatos de docentes:

“... y el tema de discriminación, ay que es morochito, callate chocolate. (Docente de escuela primaria privada laica)”

“Yo trabajé en otra escuela en Bajo Flores que también es del Arzobispado, católica, económica de una sola jornada, y hay muchos chicos bolivianos y muchas veces les han dicho “bolivianos de mierda”, así...” (Docente de escuela secundaria privada)

Esta afirmación es compartida entre los estudiantes:

“En la escuela, en el barrio o en algún otro lugar; a los chicos extranjeros, ¿los llaman de otra manera? ¿Hay cargadas hacia los pibes extranjeros?”

Es según el extranjero, pero los peor son los de Bolivia o...a los paraguayos los quieren por la construcción, pero si...son muy...digamos...discriminados. Cuando ven a uno...digamos uno viene por una vereda y él viene por la misma vereda y se cruza para no estar juntos...Digamos, les dicen negros...cosas así”. (Jennifer, 18 años, Secundaria Pública, CABA)

Así, las dos primeras afirmaciones: “callate chocolate”, “bolivianos de mierda”, nos hablan del racismo como “fenómeno social total” presente en prácticas, discursos y representaciones (Balibar, 1988). Las prácticas discriminatorias no incluyen solamente las violencias físicas, sino también las palabras: “la violencia de las palabras como acto de desprecio y de agresión” (Balibar y Wallerstein, 1988: 33). Estas afirmaciones discriminatorias dan cuenta de un desprecio hacia ciertos estigmas de alteridad, en este caso el color de piel.

Notamos que hay diferentes grados de violencia en los discursos de los ejemplos citados. Así, en un primer momento, la representación recurrente en torno a migrantes bolivianos (al parecer “ingenua”), caracterizados por ciertos rasgos fenotípicos puede llegar a manifestarse de manera más ofensiva. Dicho en otros términos, existe un abanico de manifestaciones discriminatorias que pueden ir desde una discriminación solapada y oculta, pasando por el chiste o la “cargada”, hasta otras más tajantes, radicales y violentas, expresadas en insultos.

Migrantes bolivianos, representantes representados “por excelencia” con lo indígena y lo mestizo, no entrarían en el “crisol de razas” tamizado y excluyente. Y esta exclusión, refuerza a su vez el imaginario social de una “Argentina blanca” (Margulis, 1998), un país

“sin indios ni negros”, un “enclave europeo” de América Latina (Grimson, 2006). Entonces, Bolivia, el país con más presencia indígena de América del Sur, aparece como el contraste por excelencia con el imaginario nacional: “La Argentina es diversa pero se imagina homogénea, europea. Entonces, paradigmáticamente los bolivianos son uno de los casos más excluidos del crisol imaginario argentino” (Grimson, 2005: 14). En los parámetros de este “tamiz” que selecciona previamente lo que entra en el crisol, la condición migrante de uruguayos y paraguayos puede llegar a pasar “desapercibida”; no así la de peruanos, bolivianos o coreanos, en tanto estos portan características corporales que delatan su otredad estigmatizada:

“Yo creo que el mismo paraguayo, o los uruguayos incluso no se sienten inmigrantes, vos tenés un uruguayo acá, les decís vos sos inmi... se caga de risas, un uruguayo no te va decir que es un inmigrante, es casi como si fuera otra provincia, perdón a la soberanía, pero no es tanta la diferencia, pero en cambio si, tiene el peso de ser un inmigrante un peruano, un coreano u otros.
-Por el color de piel, y las características...” (Docentes de Secundaria privada)

Asimismo, migrantes bolivianos y migrantes del interior aparecen en las entrevistas como emparentados, en tanto se trata de sectores de la población que portan características físicas estigmatizadas y relacionadas con lo indígena. Así, puede advertirse que la identidad nacional, “el nosotros”, se construye en oposición al “ellos”. Es decir, las representaciones sociales acerca de los “otros” hablan también de cómo nos pensamos a nosotros mismos. Y en este sentido, “ser argentino” aparece como asociado con lo “europeo”, reforzándose cierta representación social hegemónica de que “los argentinos descienden de los barcos”, de un país sin “indios” ni “negros”. Así como señala Cohen: “Siempre el modelo predominante fue el de constituir una sociedad excluyente y hacedora de una obsesión, considerar que para construir su identidad nacional debía confrontar con su propio origen, más aún debía negarlo en su calidad de tal” (Cohen, 2009: 20):

“- Porque no están cercanos culturalmente, y por la historia, aparte, los que estamos sentados acá somos todos hijos o nietos de inmigrantes europeos, ¿no? y vos tenés un boliviano del altiplano o un peruano, no tiene una cultura europea como la que tenemos nosotros, no se si mejor o peor, es distinta.” (Docente escuela secundaria privada).

Mientras que a los hijos de migrantes europeos llegados a partir del siglo XIX se los incorporaba al imaginario de identidad nacional por medio de políticas de homogeneización cultural; a los hijos de migrantes bolivianos, se les niega su condición de nativos y se los extranjeriza, siendo interpelados a partir de las identificaciones estigmatizadas de sus padres. Ello puede verse en el siguiente extracto:

“- En la escuela, en el barrio o en algún otro lugar; a los chicos extranjeros, ¿los llaman de otra manera? ¿Hay cargadas hacia los pibes extranjeros?
- Sí. A veces, si. Creo que si.
- ¿Por ejemplo?
- Y... si es “bolita”, “negro”... aunque sea argentino. Con que tenga piel un poquito más oscura, “negro de esto”, “negro de acá”, “negro de allá”, “bolita”... Si, siempre hay alguien...”

- **¿Sabés algún ejemplo concreto?**

- Si, pero son chicos argentinos. Pero por ahí que el papá es de otro lugar, y tiene la piel más oscura, o es distinto, si.” (Clara, 12 años. GBA. Privada Laica)

Como sostiene la entrevistada: un hijo de boliviano, a pesar de haber nacido en Argentina es considerado como “boliviano”, y en este sentido es objeto de discriminación y rechazo. Esto se relaciona con lo que sostiene Grimson: “la categoría de “boliviano” es utilizada comúnmente en varias ciudades del país para designar no sólo a las personas que nacieron en Bolivia, sino también a sus hijos. Sus hijos son legalmente argentinos, pero socialmente bolivianos” (Grimson, 2006: 78).

Asimismo, el gentilicio “boliviano” aparece en las entrevistas como insulto:

“- El vínculo que se da en las escuelas con los chicos extranjeros, ¿Cómo te imaginás que es?

- Y, mirá, hay quienes... hay quienes discriminan a los chicos extranjeros... por ser extranjeros, o no sé por qué. O, ¿viste la frase que te gritan: “eh, boliviano!”. ¿Y qué tiene de malo? No sé, es... “sos boliviano, yo soy argentino”. Como si fuera un insulto y no lo es. Puede haber mucha discriminación, o muchos que no”. (Bárbara, 14 años. Secundaria Privada. GBA).

Podríamos preguntarnos por qué la nacionalidad boliviana es usada como insulto. En parte, podría pensarse que entre la diversidad de migrantes que se encuentran en nuestro país, los bolivianos ocupan el lugar más bajo del imaginario de jerarquías étnicas (Grimson, 2006). En este sentido, son culpables de “llevar inscriptos en el cuerpo los rasgos estigmatizados: la piel más oscura, los caracteres físicos que lo identifican con lo indígena o el mestizaje latinoamericano, todo ello amalgamado con la pobreza” (Margulis, 1998: 31). Así, “negros”, “pobres” y “bolivianos” tienden a ser equiparados. En este sentido, la discriminación étnica, encuentra cierta base socioeconómica, que asume el lenguaje de las diferencias fenotípicas y/o nacionales, como un fenómeno evanescente y velado. Entonces, la categoría “raza” -a pesar de ya no ser válida “científicamente”- continúa operando actualmente en tanto que instrumento para justificar la desigualdad social.

Representaciones sociales que producen y reproducen la desigualdad social:

En este apartado procederemos a analizar ciertas representaciones en torno a migrantes bolivianos que tienden a naturalizar su situación de exclusión social. Así, encontramos que la discriminación étnica anteriormente analizada, tiene cierta correlación con la situación de desventaja social en la que se encuentran los migrantes bolivianos. Entonces, las representaciones sobre los migrantes bolivianos como “sumisos” o “trabajadores”, como se verá mas adelante, no son ingenuas.

Entre las representaciones sociales que caracterizan a migrantes bolivianos, ellos aparecen señalados como competencia desleal frente a la mano de obra nativa. Se reproduce una imagen estereotipada de los migrantes bolivianos como aquellos que “amenazan” y efectivamente impiden la posibilidad de trabajar a los argentinos:

“(…)Yo viví tres años en Jujuy, a Jujuy en chiste le dicen "rulemán" porque está lleno de "bolitas", porque son más bolivianos que jujeños. Y sinceramente, en muchos sentidos uno trata de ser solidario y de pensar, están muy mal en su país y vienen acá. Pero también hay muchos argentinos que pierden oportunidades laborales, pierden muchas oportunidades porque se las dan a ellos.” (Docente de escuela secundaria privada laica)

“¿Cree que en el último tiempo disminuyó o aumentó la cantidad de inmigrantes que viven en el país? ¿Eso es bueno o es malo para nosotros?”

Y yo creo que es malo. Porque si siguen viniendo extranjeros a vivir acá, no... después no va haber lugar para nosotros. No vamos a conseguir mucho trabajo si es que consiguen trabajo ellos... No vamos a conseguir vivienda si consiguen ellos... Creo que eso.” (Hernán, 14 años. Privada confesional, CABA)

Puede advertirse que a partir de estas afirmaciones, el migrante boliviano aparece como el “chivo expiatorio” hacia donde se dirige el malestar social. Ellos aparecen como los culpables de la falta de trabajo y del desempleo desencadenado por las políticas neoliberales. Es así como se pone en evidencia el “doble rol” que cumplen las migraciones actuales: “Por un lado aparece como el necesario “enemigo externo” frente al que hay que aglutinarse; por otro es el “chivo emisario” que explica los problemas internos que no se pueden resolver” (Mármora, 2002: 49). Resulta más fácil atribuir la falta de trabajo a la entrada de extranjeros y no analizarlo como un producto de ajustes estructurales y de aplicación de políticas neoliberales en un contexto de economía globalizada.

Asimismo, la condición de ilegalidad de los migrantes bolivianos contribuye a su superexplotación, lo cual provoca que sus posibilidades de inserción laboral en la mayoría de los casos se vea limitada a ciertos ámbitos de la economía informal. Es así como aparecen representados en las entrevistas:

“-Que los puestos de trabajo que pueden ocupar, en general digo, países limítrofes como Paraguay, Perú, Bolivia, están siempre relacionados con trabajos domésticos, con...
-Hay mucho tema de la construcción...
- Construcción, mano de obra que no es el tipo de trabajo que un ciudadano dice...(voces superpuestas)” (Docentes de escuela primaria privada laica)

Estas representaciones tienden a reforzar la posición de desventaja social en la que se encuentran la mayoría de los migrantes bolivianos (y de países limítrofes), muchos de ellos sobrerrepresentados en sectores de la economía informal, en ocupaciones de baja calificación y con un alto grado de inestabilidad laboral, tales como la construcción, el servicio doméstico o la industria textil (Grimson, 2006).

En este sentido, una de las imágenes más reiteradas que pueden encontrarse en las entrevistas, es la del boliviano como “sumiso” y como “trabajador”:

“-¿Con qué lo caracterizan?. Bolivianos a qué

-Sumisión

-El boliviano es más sumiso, el peruano no, el peruano es muy arrogante

-El boliviano es trabajador (varios).” (Docentes de escuela primaria pública)

“-C: ¿Qué les parecen los bolivianos?

-Yo creo que tienen un complejo de inferioridad.

-Humildad.

-Resentidos.

-Una humildad pero con resentimiento.”

-Sumisos. (Docentes de escuela secundaria privada laica)

La imagen de los bolivianos como “sumisos” aparece desde la percepción nativa como una característica atribuida a los migrantes bolivianos, fuertemente reiterada. Así, una serie de otros atributos se advierten como relacionados a éste: “humildes”, “tranquilos”, “introvertidos”, “tímidos”, “cordiales”, “sufridos”. La “sumisión” de los migrantes bolivianos está también asociada a otra imagen muy recurrente sobre este grupo migrante, la de los bolivianos como “trabajadores”:

“Los bolivianos son re-trabajadores. Son re-trabajadores.” (Rocío, 13 años, Secundaria Pública, CABA)

“Que buscan trabajos, son de trabajar, que buscan trabajo, es como que son laburadores también y como que se juegan para tener un lugar acá (...).” (Yael, 17 años, Secundario confesional, GBA)

Ahora bien, el ser “trabajadores” aparece a veces desde la percepción nativa con diferentes connotaciones: como “laburadores” o como “re-trabajadores” o “demasiado trabajadores”. Una característica que en principio podría dar lugar a ser valorada positivamente, pasa a ser resignificada y estigmatizada, en tanto “los bolivianos quitan el trabajo a los argentinos”:

“-Los bolivianos y los peruanos se matan por diez centavos para coser una remera. Dáselo a una argentina.

-No te lo hace.” (Docentes de escuela primaria privada laica).

Una vez más aparece la imagen del boliviano como competencia laboral frente al nativo, y la competencia se vislumbra como injusta ya que los bolivianos “se matan por diez centavos”. Ahora bien, es aquí también donde juega la “sumisión” de los bolivianos, ya que la construcción de esta imagen en el campo laboral va asociada a la explotación sufrida por ellos en tanto en su actitud “sumisa”, tienden a “bajar la cabeza” y aceptar condiciones de trabajo explotadoras, en muy duras condiciones y sueldos ínfimos:

“C: ¿Humildes?

-Humildes, porque el trabajo que hacen como albañiles, los peores trabajos. Hacen las cosas, ellos, por ahí, son los que hacen el pozo.

-Si, si, hacen los pozos.

-C: O sea que ¿se atreven a los trabajos más bajos que nadie quiere?

-Casi resignados.

-Es el derecho de piso de estar en otro país.” (Docentes de escuela secundaria pública).

El ser “humildes”, “sumisos”, se presenta como un atributo casi “inherente” de los bolivianos. Por el contrario, podría pensarse la sumisión como una característica social e históricamente construida e impuesta por la sociedad hospitante que termina naturalizando y legitimando desigualdades sociales. La representación social de los migrantes bolivianos como “naturalmente” sumisos no hace más que reforzar su explotación y discriminación social.

Asimismo, la percepción de los nativos acerca de los bolivianos como “sumisos”, “dóciles”, “humildes”, “resignados”, los convierte en mano de obra “deseable” por ser menos “problemática” que la mano de obra argentina: “es relevante señalar que un sector del empresariado valora especialmente el trabajo de los “bolivianos”, dado el empeño, la cantidad de horas y bajo nivel de conflictividad. Esto implica que en ciertos contextos, como en la industria de confecciones o en la horticultura, los bolivianos son trabajadores buscados” (Grimson, 2006: 87).

En este sentido, al naturalizar la sumisión de los migrantes bolivianos, lo que se produce es una naturalización de las desigualdades sociales. En palabras de Magliano (2009): “(...) las representaciones sociales que conciben a los y las migrantes bolivianas en Argentina como 'sumisos', 'disciplinados', 'dóciles', 'trabajadores' y 'silenciosos', entre otras, se sustentan en un origen cultural determinado y no en relaciones de dominación que forman parte de una estructura de poder excluyente y desigual” (Magliano, 2009: 9). En lugar de pensar a la “sumisión” de los migrantes bolivianos como una característica “inherente” de este grupo poblacional, consideramos necesario postular esta “sumisión” como históricamente construida y muy relacionada a la historia migracional de los bolivianos en la Argentina. Los migrantes bolivianos, históricamente se desempeñaron (y se desempeñan aún en la actualidad) como trabajadores agrícolas sometidos a férreas condiciones de explotación. Así, la migración boliviana inicialmente dirigida hacia zonas fronterizas del país donde se registraba el desarrollo de ciertas agroindustrias (como la caña de azúcar, el tabaco o la minería), pasa luego a dirigirse hacia los centros urbanos más importantes del país. Es decir, en fases siguientes, los migrantes bolivianos pasaron a desempeñar progresivamente ocupaciones urbanas como la albañilería, el servicio doméstico, las cuales se caracterizan por estar insertas dentro del mercado informal dada la condición de indocumentación de la mayoría de los

migrantes (Grimson, 1999). Ahora bien, esta situación de desigualdad social, pasa a ser naturalizada desde las representaciones sociales de los docentes, como si los migrantes bolivianos “naturalmente” tuvieran una inclinación para desempeñar determinadas ocupaciones: “trabajar la tierra”, o trabajar en los talleres clandestinos de costura:

-No, para los bolivianos yo diría que son muy trabajadores.

-Yo también.

-Muy trabajadores. Todos, el boliviano, los dos.

-Trabajan mucho tiempo en los talleres de costura.

-Y muy buenos modales. Y aparte son de los pocos que trabajan la tierra, que con lo que vos decías, se perdió el trabajo en la tierra.

-¡Sabes cómo trabajan!

-¡Todo el día, la cintura!” (Docentes de escuela secundaria pública)

Así, pesan sobre los migrantes bolivianos ciertas representaciones sociales que refuerzan su situación de exclusión social; y estas representaciones se construyen justamente sobre aquella población fácilmente “identificable” por portar las marcas de su origen indígena. Es decir que se da una correspondencia entre la exclusión social y la opresión étnica: “El indígena o el negro tienen expectativas muy escasas para el ascenso laboral, el acceso a puestos políticos importantes en el ámbito nacional, el desempeño educativo o el éxito cultural. Existe una gran coincidencia entre los procesos de explotación, de dominación y de opresión étnico-racial” (Paris Pombo, 2002: 290). O en palabras de Margulis: “Sobre la población no blanca pesan diferentes estigmas que contribuyen a mantenerla en posiciones subalternas, enrarecen sus oportunidades y, más aún, la constituyen en un *otro peligroso* que despierta celos y sospechas” (Margulis, 1998: 17).

Representaciones en torno a la diversidad en el ámbito del aula

Si hasta aquí venimos hablando de las representaciones en torno a migrantes bolivianos en general, corresponde ahora focalizar el análisis en las representaciones que docentes y estudiantes nativos construyen en torno a bolivianos en el espacio escolar, que permitan dar cuenta de los diferentes vínculos e interacciones en el aula, teniendo presente la diversidad en este ámbito.

Al analizar la diversidad en el aula realizaremos una división analítica entre la relación docente/alumno migrante⁶ y entre la relación estudiante nativo/estudiante migrante. Cabe aclarar que existen representaciones que son compartidas por los actores nativos de la institución educativa, en tanto la escuela constituye una institución social a partir de la cual se

⁶ Es necesario aclarar, tal como se mencionó anteriormente que el “alumno migrante” en ocasiones puede ser “extranjerizado” en su calidad de *hijo de*, es decir que habiendo nacido en Argentina, es igualmente interpelado a partir de la identidad estigmatizada de sus padres migrantes.

difunden ciertos discursos sobre la otredad y la diversidad presentes en la sociedad civil. Sin embargo, puede advertirse que se dan otras representaciones propias de la relación docente/alumno migrante (teniendo en cuenta el papel de autoridad pedagógica del primero), y otras propias del estudiante nativo/estudiante migrante en función de pertenecer ambos a un mismo grupo étnico, no dejando por ello de establecerse una relación social de dominación.

Así, el atributo “sumisión”, frecuentemente atribuido a los migrantes bolivianos, ya en el ámbito del aula aparece desde la percepción de los docentes como una característica negativa, entorpecedora del proceso de enseñanza-aprendizaje:

“-A mí me molesta, dentro del marco del aprendizaje, la sumisión.

-C: Ahá. ¿Por qué?

-Porque $2 + 2 = 4$ no porque yo se los digo, yo mando, sino que yo quiero un trabajo de razonamiento, creativo, y para eso no sirve la sumisión.” (Docente de escuela secundaria pública).

De este modo, el ser “sumiso”, es asociado por los docentes a la falta de un “razonamiento creativo” o en todo caso, a un “bajo nivel intelectual”. Esto puede verse en la diferencia en el rendimiento escolar entre argentinos y bolivianos: los argentinos fracasarían por falta de voluntad para estudiar, pero los bolivianos lo harían porque “no les da” o porque son “quedados”. Es decir advertimos una cierta naturalización del “nivel intelectual”, que en los bolivianos es señalado como “innatamente” más bajo.

“El argentino es el que se lleva 8 materias porque “no estudié”. Ese es el argentino. En cambio el extranjero te escucha, al boliviano vos le hablás y cabecea entonces pensás que está entendiendo. Tomás la prueba, una prueba re prolija con miles de dibujitos y la nota: un uno (...)” (Docente de escuela secundaria pública)

“ Yo lo que creo, todavía no me tocó el nene este que yo veo caminando por la escuela que está recién en tercer grado y que es boliviano, pero es como que son más quietos. Más quedados.” (Docentes de escuela secundaria pública)

“C: ¿Qué les parecen los bolivianos? (...)

En el caso de inteligencia, un nivel más bajo.

Sí, un nivel medio.

Sí, casi te diría que pobrecitos les cuesta mucho.

Poco inteligentes (Risa)” (Docentes de escuela secundaria privada laica)

De este modo, los estudiantes bolivianos, terminan siendo catalogados como “innatamente menos inteligentes”, lo cual implica imputar a características individuales el fracaso escolar, soslayando ciertos factores sociales: el ser diversos y desiguales. Vemos entonces que se establece un nuevo tipo de racismo, un “racismo de la inteligencia” (Bourdieu, 1991), que termina de alguna manera estableciendo un nuevo tipo de determinismo biológico y atribuyendo una responsabilidad individual al fracaso escolar.

Las representaciones sociales que los docentes tienen acerca de sus alumnos bolivianos, como “lentos” o “quedados” para el aprendizaje, implica una naturalización de las

desigualdades sociales. Tal como lo plantea Kaplan (2005): “La eficacia simbólica de estas prácticas y discursos reside en gran medida en que, lejos de presentarse en el orden de lo consciente, operan en la oscuridad de las disposiciones del hábitus. Penetran en el sentido práctico de los sujetos, operando en la vida cotidiana con la fuerza de lo obvio (...) generando modos de percepción y de acción coincidentes con las viejas formas del determinismo biológico, del racismo, evidenciando que el darwinismo social en modo alguno se ha extinguido” (Kaplan, 2005: 15-16). En este sentido, pueden advertirse ciertas expectativas de los docentes respecto del desempeño escolar de sus alumnos de origen boliviano, las cuales, al decir de Kaplan, tienen tal eficacia simbólica que adquieren la fuerza de lo obvio y lo incuestionable. Las expectativas escolares de los docentes, pasan a ser internalizadas por los propios alumnos: “Se entiende así que los propios excluidos (...) interioricen en su autoimagen que su destino es algo natural” (Kaplan, 2005: 16). En este sentido, las expectativas de los docentes operan como una “profecía que se cumple a sí misma”.

“-Un boliviano ocupa un lugar y vos sabes que no va a llegar a nada, lamentablemente, sabes que no va a llegar a nada.

-C: ¿Porque?

-Porque son quedados.

-Son quedados.

-No le da.” (Docentes de escuela secundaria pública)

Al analizar las representaciones sociales de los estudiantes nativos, puede advertirse que comparten con los docentes, la percepción de los estudiantes bolivianos como “lentos” y “menos inteligentes”:

- ¿Notaste que hay chicos de alguna nacionalidad que sean más o menos inteligentes que otros?

- No. Eso, no sé.

- ¿No viste que alguno sea más inteligente, o que sea más lento para aprender, que le cueste más?

- No... Al chico que era boliviano, mi maestra lo ayudaba a cada segundo.

- ¿Lo ayudaba todo el tiempo?

- Sí... Bah... no entendía, le decía: “sí, yo te explico”, y le explicaba.

- ¿Pero eso era porque era menos inteligente, o porque...?

- Era menos inteligente.” (Marcos, 12. Primaria Pública. GBA)

Así el relato de la entrevistada expresa que es tal la fuerza del discurso docente, en tanto discurso autorizado, que pasa a ser internalizado también por su alumnos nativos. En este sentido, el discurso docente se erige como discurso performativo en la constitución de subjetividades (Tavernelli y Malegarie, 2009).

Por otra parte puede advertirse en el extracto de entrevista que a pesar de que estudiantes nativos y estudiantes migrantes pertenecen a un mismo grupo étnico, ello no implica la constitución de un grupo de pares homogéneo. Al contrario, puede advertirse que a

pesar de compartir la edad, se constituye una relación social de asimetría en donde prima la condición de nativo.

Otra de las representaciones muy recurrentes entre los estudiantes nativos, es la de los bolivianos como “feos”. Así, ante la pregunta: “¿Con qué chico, de qué nacionalidad no te pondrías de novio/a?”, muchos de ellos eligen a los migrantes bolivianos:

- **¿Con qué chica, de qué nacionalidad, no te pondrías de novio?**
- Con una boliviana.
- **¿Con una boliviana no? ¿Por qué?**
- Son re-feas.
- **¿Son feas? ¿Y con qué chico, o chica, de que nacionalidad, no le confiarías un secreto?**
- Lo mismo, las bolivianas. ¡Son malditas, eh! (Marcos, 12. Primaria Pública. GBA)

Así, el hecho de que los estudiantes nativos perciban a los migrantes bolivianos como “feos”, da cuenta, en parte, del vínculo que puede llegar a establecerse entre nativos y migrantes en el aula. De este modo, puede advertirse que la relación intercultural nativo/migrante está atravesada por el conflicto y el rechazo. Más aún, la posibilidad de pensar una relación sentimental y más íntima entre migrante y nativo pareciera ser imposible, dadas las percepciones estéticas que generan rechazo hacia los bolivianos. En este sentido, señala Cohen: “Suele observarse en nuestras investigaciones una concepción mecánica y determinista con el migrante externo que puede sintetizarse de la siguiente manera: cuanto más no mezclamos, unimos, integramos con el *otro*, más se debilita nuestra subjetividad, nuestra identidad nacional. Esta concepción del vínculo con el migrante tiene como objetivo producir distancias, evitar contactos, suponiendo que el *otro* es dominante” (Cohen, 2009: 23-24). Concebir a los bolivianos como “feos” implica una manera de maximizar las distancias, invitando al rechazo y potenciando una relación asimétrica entre nativos y migrantes.

Asimismo, la imagen de los bolivianos como “feos” se relaciona con una representación hegemónica de “lo bello” y “lo feo”. Así, dos cadenas de articulaciones clasificadoras insisten en marcar las distancias respecto del cuerpo legítimo: lo bello, lo elegante, lo bueno, es ser rubio, blanco, esbelto. Por otra parte, los cuerpos robustos, fornidos, oscuros, están alejados de lo socialmente considerado como “bello”. Todo lo cual pone de manifiesto el valor social atribuido al color de la piel y a las características corporales conexas. Como señala Margulis: “Lo blanco se cotiza porque ha sido instalado como criterio de belleza por la maquinaria social que organiza y ratifica los códigos estéticos, los valores, los gustos y los modos de percepción (...) La cultura incluye tales códigos que son resultantes de la vida social, y las luchas por la imposición social del sentido (significados, gustos, preferencias) son paralelas a las disputas por la hegemonía en el plano económico y en el político” (Margulis, 1998: 23).

Reflexiones finales:

A lo largo de este trabajo nos hemos propuesto analizar las diversas representaciones, imágenes y discursos que los actores “nativos” construyen en torno a migrantes bolivianos. Teniendo en cuenta el papel estratégico de la escuela en la sociedad civil, en su función de difusora de ciertos discursos sobre la raza, tomamos primeramente las representaciones en torno a los migrantes bolivianos en general para continuar con las imágenes respecto de los bolivianos en el espacio escolar.

Pudimos notar por un lado, diversos grados de manifestaciones discriminatorias, que van desde expresiones más difusas y ocultas, pasando por el chiste o la “cargada”, hasta insultos más abiertamente xenófobos. Así, pareciera reconfirmarse la idea de un “doble discurso” que nos habla de una Argentina “tolerante” en ciertos momentos, y en otros abiertamente xenófoba, principalmente con aquello que se niega que existe en el país (indios, negros y mestizos). De este modo, pareciera recobrar fuerza la idea de un “tamiz” que seleccionó previamente aquello digno de entrar en el “crisol de razas”.

Por otro lado, pudimos advertir ciertas representaciones que en primera instancia parecerían “ingenuas”, pero que terminan contribuyendo a la situación de explotación de los migrantes bolivianos. Esto es, la muy reiterada imagen de los bolivianos como “sumisos” y “trabajadores”. Así, pareciera ser que el mito del “crisol de razas” que cuestionamos a lo largo de este trabajo, encubre también otra dimensión: la de la desigualdad social. Es decir, el mito del “crisol de razas” termina excluyendo no sólo en términos de diversidad étnica sino que también termina reforzando la exclusión social de los migrantes, limitando la integración social y el acceso a derechos, que la sociedad receptora no estaría dispuesta a ceder.

En cuanto a las representaciones específicas del ámbito del aula pudimos ver que los docentes nativos construyen imágenes que influirían en la autovalía de sus alumnos migrantes, al representarlos como “lentos”. De esta forma, se constituiría una profecía que se cumple a sí misma, y que incidiría de este modo, en su rendimiento escolar. En cuanto a las representaciones de los estudiantes nativos, pudimos advertir que la relación estudiante nativo/estudiante migrante está mediada por representaciones que invitan al rechazo y marcan las distancias al caracterizar a los bolivianos como “feos”.

De este modo, “sumisos”, “lentos” y “feos” forman parte de las representaciones que circulan en el ámbito escolar respecto de los migrantes bolivianos, y que producen y reproducen relaciones asimétricas entre nativos y migrantes. Dichas imágenes condensan significativamente los diversos modos en que el nativo representa y califica la otredad y la

diversidad, para mantenerla a distancia. Esto es, nos permiten dar cuenta de las relaciones interculturales como relaciones de asimetría y dominación.

Por último, por medio de este análisis pretendemos contribuir al debate de cómo la Argentina se piensa y se mira a sí misma, poniendo en cuestionamiento la idea de Argentina como “abierta” y “tolerante” en el mito del “crisol de razas”. Como sostiene Caggiano (2005), el desajuste entre la idea de un país “tolerante” y “abierto” y las prácticas abiertamente discriminatorias “hace que la imagen mitificada de la “apertura” ampare el sostenimiento de discursos y prácticas xenófobas y discriminatorias antes que la motorización performativa de esa misma apertura que declama (...) El mito de la “apertura” se vuelve una operación ideológica, y la idea de crisol actúa como autoetiqueta nacional y tranquilizadora” (Caggiano, 2005: 195).

Bibliografía

Balibar, E.; Wallerstein, I. (1988). “Introducción” (pp. 5- 30), Cap. 12 “El racismo de clase” (pp. 313-334). En Balibar, E.; Wallerstein, I, *Raza, nación y clase*, Madrid, Iepala. Prefacio

Bauman, Z. (1998). “Modernidad y ambivalencia.” En J. Berian (Comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Ed. Anthropos: Barcelona. (pp. 73-119)

Caggiano, S. (2005). “Lo que sea ser “boliviano”. Discursos y disputas imaginarias”, “El crisol y el tamiz. Modelos, mitos y metáforas de la Argentina de la inmigración”, en Caggiano, S *Lo que no entra en el crisol*, Ed Prometeo, Buenos Aires-

Cohen, N. (2009). “Una interpretación de la desigualdad desde la diversidad étnica.” En N. Cohen (Comp.). *Representaciones de la diversidad: escuela, juventud y trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas. (pp. 11-29)

Grimson, A. (1999). “Introducción” (pp. 11-19), “La migración desde Bolivia. Migración y nacionalidad en Argentina” (pp. 21-30), en Grimson, A, *Relatos de la indiferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.

Grimson, A. (2006). “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina”, en Alejandro Grimson y Elizabeth Jelin comp., *Migraciones regionales hacia la Argentina: Diferencia, desigualdad y derechos*, Buenos Aires, Prometeo.

Jodelet, D. (1986). “La representación social: fenómenos, concepto y teorización” En S. Moscovici., *Psicología Social*. Barcelona: Paidós. (pp.468- 510)

Kaplan, C; Llomovatte, S (2005). “Desigualdad, fracaso, exclusión: ¿cuestión de genes o de oportunidades? En Llomovate, S y Kaplan, C (Coords), *Desigualdad educativa. La naturaleza como pretexto* (pp. 75-98), Buenos Aires, Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico

Magliano, M. J. (2009). “Migración, género y desigualdad social: la migración de mujeres bolivianas hacia Argentina” en *Revista de Estudios Femeninos*. vol.17, N°2, (pp. 349-367). Disponible en: http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-026X2009000200004&script=sci_arttext

Mármora, L (2002) “Las migraciones internacionales, ¿Orden o desorden mundial?”. En Mármora L, *Las políticas de migraciones internacionales*, (pp.29-52) Ed. Paidós-OIM: Buenos Aires.

Margulis, M (1998) “Una cuestión encubierta” (pp. 17-63); “Buenos Aires: genealogía de una discriminación” (pp. 79-123), en Margulis, M, *La segregación negada. Cultura y discriminación social*, Buenos Aires, Biblos.

Paris Pombo, M (2002) “Estudios sobre el racismo en América Latina” (pp. 289-310), en *Política y Cultura*, primavera, N° 017, Distrito Federal, México. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=26701714&iCveNum=644#>

Solodkow, D (2005), “Racismo y Nación: conflictos y (des) armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino”, en *Revista Decimonónica* (pp. 95-121), Vol. 2, N° 1. Disponible en www.decimononica.org/VOL_2.1/Solodkow_V2.1.pdf

Tavernelli, R y Malegarie, J (2009) “De la diferencia a la desigualdad. Una mirada desde la escuela”, en N. Cohen, (Comp.), *Representaciones de la diversidad: escuela, juventud y trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas (pp. 80-111)